



LA HOJA de PARRA

REVISTA FESTIVA

CARAS BONITAS

SUMARIO

CARLOS MIRANDA

De parranda.

PEDRO MATA

La sortija.

RAMÓN ASENSIO MÁS

Cuentos inocentes.

RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA

La princesa Medusa.

FÉLIX RECIO

Por las señas...

CLEMENTE DE CASTRO

El teórico y el práctico.

JUAN B. UBAGO

El primer beso.

FERNANDO AMADO

El gran compromiso.

ENRIQUE DE ALARCÓN

Polvo de oro.

TOVAR, DEMETRIO, ALFONSO

Caricaturas y retrato de Úrsula
López y otros dibujos.



URSULA LOPEZ

Que va de triunfo en triunfo allende los mares.

5 cénts.



“M'ALEGRITO VEROS GÜENAS,,

Ó LA EDAD DE LAS VERBENAS

—¡ Olé ya las preciosíbilis con circunstancias! ¡ Y ole las sociólogas con púpila, similitud y andenes de emperatriz, y boquirris de capulladora, y pieses de andaluciente y manillas de extraplanera!... Y ustedes perdonen la metempsícosis de mi carácter alegre; que estoy un poco verbénico, y algo hidrofíldo, y puede que archiextravitivinícola... San Serení las conserve tan parrillantes, y tórridas y caloríficas... Y echen las dos para adelantíbilis; que las amo curdialmente y estoy dispuesto á llevármelas de juerguita, si se atreven á irse de cuchipandística sensacionante con mendis...
—No estamos aún tan mochálidas como todo eso.

—¡ Tú! Déjale, que debe de estar alcohólico.
—¡ Pero es que un hombre no puede sentirse ebríático, náyades, el día que le conviene?
—¡ Pues sí que es usted verídico, como hay Dios!

—Porque no debe nunca un hombre decir méntridas, y menos á las mujeres.
—¡ Es usted organillístico, por un casual

—¡ Anda el vértice! Y usted, ¿ es una pirámide de Egipto?

—Mira, oye; déjale, que se piensa que hoy es sábado.
—No, cariátide; hoy es miércoles.
—No chistes, ¡ que es un noctívago!
—Sonámbulo si parece que es.

—Usted lo ha dicho, sífida. Me esperaban las Hespérides,

á las veintiuna, en la tómbola; pero me voy con ustedes á echar al túmulo un pápiro de cincuentita. ¡ Como éste!...
—No nos gusta andar con próceres ni títulos.

—Si prefieren correrla con algñ méndigo que les convide á alcagüeses, no he dicho nada, ¡ chulónidas!
—¡ Cuidado que es usted célebre!
—No chano, ni así, de epítetos. Me acuesto á las ocho.

—Vente; que se está poniendo cinife. Y á ver si vemos al Lesmes, y le masca la nuez vómica ¡ por fétido!

—Anden ustedes con Dios, jóvenes hidráulicas... Y que con salud revienten los tres... Y que Santa Brígida los gué, y les aproveche la mojava.

—Con Dios, príncipe ruso.

—Y cuando lo descepen, avise usted, ¡ filoxérico!

—¡ Coléricas!
—Mira, déjale, chica; que va á darme un síncope, por mor de este tío imbécil.

—¡ Golfántidas!
—¡ Sicalfptico!
—¡ Pendonísticas!

—¡ Puaf!
—Vente; que á este beodo neurasténico le masca la nuez el Lesmes.

—¡ Gorroncíbilis!
—¡ Parásito!
—¡ Chupópteras!!

—¡ Indecente!!
...
¡ ¡ Y á ver si por cinco céntimos no es «regalado» el sainete que copié en la vía pública, para ofrecérselo á ustedes! ¡ ¡

Carlos Miranda.

LA SORTIJA

MITAD por afecto, mitad por egoísmo, un poco por agradecimiento y un mucho por temor, era cierto que Pepita Velázquez, en los dos años que llevaba de relaciones con Anselmo Marín, no le había engañado ni una sola vez. Razorable y práctica,

era una mujer fría; convengamos en que, por ser fría, tenía suficiente con Anselmo, y, hasta si os parece, que esta conformidad estaba garantizada con un poquito de cariño. Conformes con todo ello; pero todo ello no quita para que en dos años consecutivos Pepita Velázquez no hubiera cometido la más insignificante infidelidad.

¿Cómo pudo, pues, pasar "aquello"? ¿Cómo es posible que sucediera en una hora lo que no había ocurrido en dos años? ¡Misterios de las mujeres!—diría aquí como única explicación un novelista malo—. No hubo misterio alguno. Fué, sencillamente, una sortija.

La tarde anterior, al cruzar la Carrera de San Jerónimo, Pepita se había detenido un instante ante el escaparate de un joyero, y al pasar, cuadrando la mirada sobre aquella admirable constelación de piedras, sus ojos se pasaron complacidos sobre una sortija, una



La lugareña.—¡Ñale el perrucho y cómo ventea!

El cazador.—¡Como que no se le va uno!

sabía demasiado por experiencia propia que la adquisición de un hombre como Anselmo era para ella y para cualquier mujer que se encontrara en sus condiciones, una verdadera fortuna, un golpe de azar tan imprevisto como un premio de lotería. Pepita había doblado ya la curva peligrosa de los treinta y cinco, y á esta edad es difícil hallar por las esquinas amantes generosos de mil quinientas pesetas mensuales. Pepita lo sabía, y como lo sabía, no estaba dispuesta por la satisfacción de un capricho á tener que cambiar la dulce tranquilidad de un presente por la quimérica aventura de una substitución acaso irrealizable.

—¡Bah!—diría algún escéptico—, cuestión de temperamento. Para que una mujer sea razonable en materias de amor, lo primero que necesita es ser fría.

Conformes. Convengamos en que Pepita

EN LA AUDIENCIA

(-SALA 3ª-)



Una voz dentro.—¡Señor presidente, soy inocente del delito que se me imputa!

El chulo.—No he oído más que lo último, y me parece que hablan de ti.

primorosa flor de lis hecha con un brillante y tres rubíes. Era un encanto; una maravilla, una preciosidad. No pudo resistir la tentación y entró en la tienda á preguntar el precio. Nuevecientas pesetas. Se quedó tan aturrida, tan desconcertada, que no supo qué responder. Y su desconcierto subió de punto cuando un señor elegantísimo, que se encontraba reclinado sobre el mostrador examinando unos brillantes, la dijo afectuosísi-

yacilar. ¡Era tan preciosa la sortija! Además, aquel señor era un ave de paso, un turista aburrido que pasaba incidentalmente por Madrid, sabe Dios para cuando volver. ¿Qué responsabilidad ni qué peligro podía haber en definitiva en aquel encuentro pasajero y fugaz? Aceptó la sortija.

Como era una muchacha razonable y fría, no sintió el más pequeño remordimiento por la infidelidad. Al contrario, se encontraba muy satisfecha por haber conseguido á costa de tan poco trabajo una sortija tan preciosa. Porque, ¡cuidado que era preciosa la sortija! Durmió con ella puesta, y cuando á la mañana siguiente llegó la peinadora, la encontró todavía extasiada mirándose las manos.

—¡Preciosa alhaja!

—¿Le gusta á usted?

—Ay, ¿y á quién no? El señorito Anselmo sabe hacer bien las cosas.

No quiso contradecirla ni desengañarla... ¿Para qué?

—Que la disfrute usted muchos años.

—Muchas gracias, y que usted lo vea.

—Empezó el tocado, y ya no se habló más.

Pero he aquí que, cuando ya peinada Pepita, la peinadora se disponía á marchar, sonó vibrante

el timbre de la puerta, antes de que ella, un poco sorprendida, tuviese tiempo de preguntar quién era, entró Anselmo Marín. Entró muy sonriente, muy decidido, como el que sabe que aquella es su casa. Pepita, al verle, ahogó un grito, y escondiendo presurosa las manos en la espalda, avanzó de puntillas, ofreciéndole los labios zalamera y mimosa. El la cogió la barbilla y la nuca y la besó en la boca.

—¡Mi nena!

La "nena", en tanto, con las manos en la espalda hacia prodigios de destreza para quitarse la sortija. Le estaba un poco hógada.



Demetrio

La modelo.—¡Ay, maestro! No puedo continuar. ¡Qué dolor de muelas!

El pintor.—¡Canario! ¡Precisamente en el momento que la tenía mejor colocada!

mo, con un tono que una acentuada pronunciación extranjera hacía todavía más afectuoso y más amable:

—¿Cara para usted? ¡Pero si usted merece llevarse la tienda!

Balbuició confusa una frase de gracias, y entonces el caballero insinuó:

—Me permite usted que yo la ofrezca esa sortija que tanto le ha gustado?

Ella dijo que no; pero tan débil, con tan poca firmeza, que él se creyó autorizado para insistir; insistió con razones tan discretas, con argumentos tan delicados, que Pepita, por primera vez en dos años, se sintió

en el anular y se la había puesto en el índice; pero en el índice, en cambio, resultaba demasiado justa, y por más tirones que daba, lo único que conseguía era estropearse el dedo. Tantos esfuerzos hizo, que él acabó por darse cuenta.

—¿Qué escondes ahí, nenita?...

Y como ella, aturdida y confusa, no acertase en el acto á contestar, la cogió dulcemente las muñecas y la obligó á enseñarle las manos. Se puso lívido.

—¿Qué sortija es esa? ¿Quién te ha dado á ti esa sortija?...

Entonces la peinadora avanzó sonriente:

—Es mía, señorito... Me la han dao pa que la venda... Es de una parroquiana que la hace falta luz... La da tirá, casi de balde... Y como yo sé que á la señorita le gustan estas cosas... Pero la señorita no se atreve... Cree que es mucho dinero para usted...

El se irguió ofendido.

—¿Cuánto vale?

—Quinientas pesetas... Ya ve usted... na... Se volvió hacia ella.

—¿De veras te gusta la sortija?

—Sí, me gusta; pero... ya ves tú... cien duros... es una barbaridad... No la compres.

Marín tiró de cartera y sacó unos billetes.

—¡Pero qué tontería!... Si yo me puedo pasar muy bien sin ella... ¡Ves, ves, por qué no te la quería yo enseñar!...

El la volvió á coger la barbilla y la nuca, y por segunda vez la besó en la boca.

La peinadora desapareció por el foro, cruzó el pasillo y abrió la puerta de la calle; pero al ir á salir, como si de pronto se acordase de algo, se volvió para decir á la criada:

—Dígalas usted á la señorita, cuando se marche el señorito, que *mitá y mitá*.

Pedro Mata.



SUCEDIDOS

Rosa y Rosita, la rubia de los ojos de esmeralda y la morena del cabello como el azabache, fueron á visitar hace pocos días una Exposición organizada por varios artistas conocidos. En el centro de la sala se destacaba un magnífico Apolo, desnudo y provisto de la necesaria y pudorosa hoja de parra, único freno que se pone en los modernos tiempos á la verdad en el arte.

Rosa se paró delante del Apolo, lo examinó detenidamente y no pudo por menos de decir á su amiga:

—He aquí un verdadero modelo de hom-



La señora (aparte).—¡Jesús, qué borrachera más gorda tiene este hombre!

El curda, enterándose.—¡Sí... señora!... La tengo... ¡pero, que muy gordal!

bre. ¿Verdad que es cosa de enamorarse de él?

—Yo—contestó Rosita—preferiría enamorarme más adelante, allá para el otoño.

—¿Y por qué para el otoño?

—Toma, porque es cuando caen las hojas.

LEA USTED EL JUEVES

EL CRIMEN DE LA CALLE DE TUDESCOS

por **CARLOS MIRANDA**

CUENTOS INOCENTES

LA MORAL

I



A se sabía, todas las mañanas, á eso de las once, el muy ilustre D. Severo Rectángulo de la Moraleda, acaudalado propietario, senador del reino y presidente honorario de la Liga antipornográfica, salía de su hotel y lentamente tomaba el caminito

llar las plácidas siestas de sus compañeros de escaño, "el gran moralista", como le llamaba la prensa conservadora, discurría á sus anchas por la orilla del mar, sintiendo en su calva frente el beso fresco y juguetón de las brisas cantábricas y en sus mejillas apopiéticas el fuego de la indignación cada vez que, de entre las olas, veía surgir, provocativa y riente, la figura de alguna dama que cruzaba la playa en busca de la caseta. Aquellos pantalones cortos y bombachos, que parecían

EL VERANEO EN MADRID



El marido.—¡Olé las mujeres!... ¡Qué buenos treinta años habrá tenido usted!

La esposa.—¿Pero qué dices? ¿Estás loco?

El marido.—¡Calla, mujer; si te lo digo para que te hagas la ilusión de que estás en el Sardinero!

abultar las formas todavía más, aquellas blusas marineras tan descotadas, tan provocativas, que, al salir del agua, chorreando, se ceñían al busto, dejando adivinar los más ocultos repliegues de la carne, eran la desesperación del incorruptible D. Severo Rectángulo de la Moraleda. Cejijunto y sombrío contemplaba aquellas demostraciones de la femenil eoquetería y luego, al reanudar sus paseos, trinaba en voz baja contra la libertad de las costumbres, contra el relajamiento social, contra lo que él había llamado tantas veces en su vida parlamentaria la *inmoralidad ambiente*.

—Es triste, doloroso —me decía una de aquellas mañanas sentados ambos frente á dos *bocks* de cerveza en un café del *boulevard*—; pero créame usted que las mujeres nos llevan al desquiciamiento y á la ruina. Su impudor no reconoce límites y dominadas por la tiranía de las modas, sólo Dios

de la playa que, en horas tales, era un hormiguero de bañistas y de curiosos.

Pausado, grave, solemne, como uno de aquellos interminables discursos que, en boca del insigne prócer, contribuían á arru-

sabe hasta qué abismos nos arrastrarán.

Y después de paladear lentamente un sorbo de cerveza dorada, continua, cada vez más indignado y apocalíptico:

—Fijese usted en esas faldas, tan exagera-

damente ceñidas, que permiten que se señale toda la redondez de las caderas y que, al más leve movimiento, nos obligan á enterarnos de la mayor ó menor amplitud de los muslos; repare usted en la brevedad de las mangas que, de pueros cortas, apenas cubren la desnudez del antebrazo; observe usted el atrevimiento inaudito de esos descotes, la transparencia de esas gasas, la diabólica liviandad de esos peinados y dígame luego, con la mano puesta sobre el corazón, si los que tenemos el deber de velar por los fueros

sagrados de la Moral y de la Virtud, podemos tolerar que las mujeres, *nuestras* mujeres, salgan á la calle medio desnudas, como sacerdotisas del pecado. ¡Oh, no será! Entre la belleza humana está la Religión, guardadora fiel del decoro y de las buenas costumbres. Si el santo Patriarca de Venecia, desde la cátedra sagrada, fulmina actualmente sus anatemas, que caen como fuego encendido sobre las modas femeninas; yo, desde el recinto augusto de la Alta Cámara, excitaré al Gobierno, le obligaré á que tome cartas en el asunto de un modo radical. ¡Todo, antes que consentir que un pueblo como el nuestro, mantenedor, de las más sacrosantas tradiciones, se corrompa, se envelece y se degrade contagiado de la *inmoralidad ambiente!*

Quedóseme mirando de hito en hito y ya iba yo á lanzar el ¡bravo! que sin duda esperaba mi interlocutor, cuando la presencia de Charito Domínguez cortóme el resuello y monopolizó mi atención durante unos instantes.

Provocativa, audaz, sonriente, como la imagen viva de la tentación, pasó por nuestro lado la gentil cortesana saludándome con juvenil alegría:

—Adiós, tú.

—Adiós, Charito.

Atónito, asombrado, abrió un palmó de boca el austero defensor de la moralidad. Rápidamente, antes de que se recobrase, exclamé decidido:

—¿No la conoce usted? Es Charito Domínguez, una de nuestras más distinguidas cocotas.

Hizo un gesto de repugnancia el prócer y venteando luego la estela de perfumes que, al pasar, había dejado Charito, preguntó con voz grave:

—Y esa desdichada, ¿dónde vive?



—Aquí me tiés matando otra, porque la Isidra se ha puesto peor, y va á acabar con todos los bichos del corral.

—Haces bien, porque, al fin y al cabo, tu mujer es más que las gallinas.

II

Quince días más tarde, la propia Charito me relató riendo la aventura mientras el sexteto preludiva en el salón una tanda de valses vieneses y nosotros, de codos en la terraza del Casino; contemplábase el espectáculo del mar deshaciéndose allá abajo en un velo de espumas luminosas.

—Verás—me decía la bella pecadora con su charla gráfica y pintoresca—, desde hace una semana venía yo notando que, apenas entraba en la caseta por las mañanas y comenzaba á desnudarme para tomar el baño,

principiaba á oír, en la caseta inmediata, ciertos ruidos que no dejaban lugar á duda. Comprendí que se me observaba y en el acto deduje que mi observador era hombre de bastante edad.

—Caramba, ¿y en que lo conociste?

—En la respiración; aquel modo de respirar no podía ser de un joven, tenía que ser, forzosamente, de un viejo asmático que, de bruces contra el tabique, trataba de contener el aliento.

—Veo que tienes condiciones de *detective*. A delante, Charito.

—Quise cerciorarme interrogando con habilidad á Martín, el bañero, y el hombre lo negó rotundamente, pero se puso muy colorado y comprendí, que mis sospechas se confirmaban y que el curioso desconocido le pa-



—Yo le ruego á usted que se retire, porque dentro de medio segundo no podré rechazarle.

gaba con esplendidez. Como supondrás, todo aquello me tenía sin cuidado, pero, no obstante, decidí burlarme un poco de mi observador.

—¿Qué hiciste?

—Verás!—añadió Charito guiñándome un ojo picarescamente—. Al otro día me presenté á tomar el baño media hora más tarde que de costumbre, suponiendo, como es lógico, que, con la espera, mi vigilante estaría en ascuas. Comencé á desnudarme sabiamente, con toda lentitud, recreándome, á cada momento, en la contemplación de mis

propios encantos... ¡Chiquillo, qué escena! Crujía el tabique, sonaba, como el fuelle de un órgano, la respiración del vecino y no te exagero si te digo que, más de cuatro veces, tuve que volverme de espaldas y morderme los labios para no romper á reír como una loca. ¡Aquello era de lo más cómico que puedes imaginarte!

—Lo creo.

—Me desnudé por completo y ya iba á ponerme el traje de baño cuando se me ocurrió la diabólica idea de sentarme, desnuda, como estaba, y fumar un cigarillo. ¡Nunca lo hubiera hecho! A la segunda chupada, un suspiro formidable retumbó en la caseta vecina, crujió el tabique medianero, se desgajaron dos tablones y por el boquete que dejaron libre cayó á mis pies, rodando como una pelota, la figura apoplética y antiartística del muy noble y muy ilustre D. Severo Rectángulo de la Moraleda.

—¿Y qué pasó?—exclamé riendo á carcajadas.

—¡Puedes figurártelo!... Me dió lástima, no quise avergonzarle y le prodigué todo género de cuidados, asegurándole que, de haber sido más franco, no hubiera necesitado recurrir á tan ridículos ardides para satisfacer sus deseos. Le ofrecí mi casa, quedó en ir á verme, y aquella misma tarde me mandó bajo sobre cinco mil pesetas como prueba de gratitud. Luego vino, con todo género de precauciones, me trajo esta lanzadera y se fué encantado, asegurándome que cuando regrese de Madrid, para donde ha salido esta mañana, me tomará un hotelito en Zairaun y me visitará tres veces por semana: los lunes, los miércoles y los viernes.

Reimos. En el salón había enmudecido el sexteto y las gentes comenzaban á invadir la terraza. Charito se cogió de mi brazo y entramos en la sala de juego á probar fortuna.

III

Efectivamente; los periódicos donostiarros daban la noticia con todos los honores:

—*En el rápido de hoy ha salido para Madrid nuestro ilustre amigo el eminente hombre público don Severo Rectángulo de la Moraleda, con objeto de presidir la solemne apertura del Congreso Antipornográfico, cuyas sesiones comenzarán el jueves próximo.*

Parece ser que el insigne prócer se propone regresar inmediatamente para proseguir entre nosotros, con más ardor que nunca, su ruda campaña moralizadora.

Buen viaje..

Ramón Atensio Más.

LA PRINCESA MEDUSA



La princesa Medusa era aún soltera, con ser tan bella...

Había llegado á los treinta y cinco años, y su belleza, cada nuevo día que pasaba, tomaba á ojos vistos mayor dorado, ese dorado tostado y olorosísimo de las madureces, aún más que esto de las madureces maduras y supremizadas como la carne de membrillo. ¡Oh, su carne de membrillo!

Treinta y cinco años de pulir su belleza, de repujarla, de profundizarla... ¡Oh, era demasiado grave su inquietud, porque establecía una sensación menudada, de una constancia imposible!... ¡Oh, estaba llena de un gran furor dorado y como mordida en su carne por su carne, mordida con esa mordedura que no duele ni sangra, sino que enardece y deja la huella de los dientes en pequeños paréntesis... ()... ()... ()...

¡Treinta y cinco años de bañarse todos los días en agua de rosas; en agua de lluvia, como Diana de Poitiers; en cocimiento de serpolio, laurel, tomillo, mejorama y sal marina, como la princesa Murat, para después sentirse transparente y traslucida frente al alto espejo de su gabinete de baño, y que nadie violara su incógnita, quizá porque como desconfiaba ella con su gran soberbia, no había hombres tan rendidos como aquellos que bebían un vaso del agua en que se bañaba Ana de Bolena...

Treinta y cinco años de cuidados menudados, que habían llegado á hacer trágica y hondísima su cosquilla y le había llenado de un hormigueo fatal, lleno de ansias rígidas... El

cuidarse con leche fresca el descote, cuidado por el que de tanto sentir el cuenco de plata todas las mañanas con su leche, y flotando en ella la rueda de limón prescrita, tenía ya una gula extraña, gula de su piel por el blanco y el gusto de la leche y el agrio sutil del limón, que llenaba del placer de la untura sus senos sobre todo... El cuidarse los ojos con zumo de naranja, que los escocía un poco, pero los dejaba frescos y brillantes de pasión, la recóndita pasión que surgía de todo



Él.—El perro será muy fiel para el hombre; pero para su compañera, es lo más desleal que existe.

Ella.—Pues yo creí que era el animal que más tardaba en desprenderse de su hembra.

su trabajo de "toilette"; pero que su desdén no sabía á quién entregar, y la guardaba, la guardaba y se escocía de ella... El depilarse, durmiendo largas noches sola con el ardor varonil del bejunje de cal viva de los depilatorios... El cuidarse las manos, manos que parecían haber gozado de ese ascendiente que prescribe el proverbio aristocrático de que "unas manos bellas necesitan haber tenido generaciones de antepasados ociosos durante cinco siglos"; no obstante lo cual, ella dormía con ellas finamente enguantadas, después de lavárselas con avena, habiendo conseguido suprimir sus rayas, todas ellas, hasta esa M versal é irreparable que ha e mortales á las criaturas...

Treinta y cinco años de todos esos cuidados, pues ya cuando nació, su madre, llena de soberbia, como ella, para escándalo de la ciudad, la bañó en agua de perlas, primer cuidado que la dió el oriente imposible de su carne...

Había que reseñar uno á uno todos sus refinamientos para dar la sensación de cómo se había hecho aguda y rabiosa é inclemente su carne; pero como eso sería infinito, basta un detalle hablando de la coquetería de sus ropas y dejando á un lado esos cuidados de perfumería, preparados con cuerpos de una



Ella.—¡Qué lástima! ¡No se ve un banco!

Él.—¡Ni un guarda!

química liviana, traspasadora y perversa, basta sólo un ejemplo dentro de sus treinta y cinco años de ropa interior de hilo y seda, con bordados y calados, tan sensibles para la fantasía de sus tersuras, basta imaginarse la insistente provocación de sus medias... ¡Treinta y cinco años de medias nuevas y raras, las medias aquellas cardenalicias que granaron antes de tiempo sus piernas, aquellas otras rojas que se las ponían como ascuas y que se las tuvo que quitar, porque la llevaban hacia sitios imposibles y hubieran hecho gritar los deseos fuertes que debieran ser secretos;

aquellas de encaje muy abierto, que hacían el blanco de la pierna insoportable á los ojos, superior á lo concebible, de un blanco al que las flores de encaje hacían oloroso á algo así como á una magnolia "de noche";... aquellas y aquellas y éstas caladas con un viso de serpiente, y estas blancas que, por muy blancas, siempre resultaban de un blanco crudo junto al blanco de sus piernas cuidadas con masajes de crema de nieve...

Treinta y cinco años de acumularse y acumularse, de sensibilizarse y sensibilizarse, la habían dado esa iluminación lunar que nace en la carne y que da tormento el ver cómo consume, á quien recalca, con una sensación agri dulce de ira y espasmo.

En esto llegó el príncipe Alberto al palacio de Medusa; en ese momento álgido y recrudescido, todo el hondo palacio oloroso á ella, como un lagar huele á la uva madura y como las tejavanas huelen á los higos recién puestos á secar. El príncipe era distinguido y suave; pero la luz cerea y esmerilada de Medusa, su dorado oloroso y sus manos sin rayar, le hicieron portarse como un bárbaro emperador. Ella cedió con besos afilados, con abrazos locos y se enmarañó en sus cabellos, de los que les fué difícil desatar los cien nudos casuales. El lecho se hundió al final, salido su fleje de madera, y todo se asustó más de placer y cólera. Ella entonces, al verle caído y lleno de pánico, sintió toda la tragedia, la tragedia de la flojedad de su aliento interior antes lleno del fuego lento y sutil de su soltería tan cuidada y tan dada á sí misma, tan ebúrnea y tan amplia, tan grande y tan fulminea á través de sus treinta y cinco años; sintió que su delicadeza exquisita de todas las horas se había reducido á momentos posibles sólo; que su mano blanca sin rayas aparecía sudada y con la M mayúscula y mortal, y sin detenerse le mordió en el cuello fuertemente hasta matarle, y después de matarle sintió dos cóleras: la misma cólera por la que le había matado y la de no poderle resucitar.

Ramón Gomez de la Serna.

LAS VIUDAS QUE REINCIDEN

Los hotentotes tienen la costumbre de castigar á las viudas que vuelven á casarse cortándolas, el día de la boda, el dedo corazón...

¡Por si vuelven á quedarse viudas!

POR LAS SEÑAS...

SE puede ver al señor comisario?
 —¿Qué deseaba usted?
 —Hablarle.
 —¿A él personalmente?
 —Sí, señor.
 —Pues tenga usted la bondad de esperar un momento.

El bueno de don Pascual se sentó en un



—No hay que darle vueltas, ese hombre es un tío vivo...

—Pues sí es un tío vivo, si que hay que darle vueltas.

banco mugriento, y bajó la cabeza con un gesto de edificante resignación.

Al cabo de tres cuartos de hora, dignóse aparecer el señor comisario, y don Pascual fué invitado á decir quién era y á lo que había ido á la delegación.

—Pues verá usted, señor comisario: es el caso que anoche, entre once y doce, me encontré en la Puerta del Sol con una amable joven que...

—Sí, sí, comprendido. Le invitaría á usted á pasar un ratito con ella, ¿no es eso?

—Justamente. Yo, la verdad, no acostumbro á hacer calaveradas. Mi profesión de farmacéutico me obliga á una seriedad absoluta; pero es el caso, señor comisario, que la

joven en cuestión me miró de un modo comprometedor... y la seguí. Llegamos á una casa de la calle de Jacometrezo, entramos... En fin, no pasó nada de particular. Una hora después me encontraba otra vez solo en la calle cuando se me ocurrió hacer un pequeño arqueo en mi cartera, en la cual llevaba al salir de casa trescientas pesetas en billetes de Banco... Bueno, pues no estaban los billetes.

—¡Ah!, vamos. Le han robado á usted por el procedimiento del "gato".

—¿Del gato? Y ahora recuerdo que oí unos maullidos debajo de la cama... ¿Pero está usted seguro, señor comisario, de que ha sido el gato el autor de...?

—El gato, no; alguna gata...

—¿Y qué podríamos hacer?

—¿Se acuerda usted si la individua tiene alguna seña particular?

—Espere usted... Sí, caramba, me acuerdo perfectamente de una... Tiene una especie de tatuaje en el brazo derecho que representa un corazón y debajo el cuerno de la abundancia.

—Muy bien. Déjeme usted las señas de su casa.



Ella.—¡Míá que venir á hacerle á una competencia en las labores propias de su sexo!

El bueno de don Pascual saluda al comisario y sale meditando en el extraño y misterioso gato que tantas víctimas ocasiona entre los amadores.

Tres días más tarde comparece el farmacéutico en la Comisaría llamado por un orden urgente. En el despacho del comisario hay una mujer encantadora que mira alternativamente al recién llegado y á los demás que le rodean. Don Pascual mira á la mujer y palidece. Es ella, no cabe duda.

—Esta mujer—empieza diciendo el comi-



—¿Y para qué te pones calabazas?

—¡Caramba! Por si me hundo.

—No tengas miedo. ¡Eres insumergible!

sario—cuyas señas coinciden con las que usted me dió, acaba de ser detenida delante de una casa de la calle de Jacometrezo. ¿Reconoce en ella á la de la otra noche?

—Sí, señor delegado, me parece que sí... Sus facciones son las mismas... Sus formas, creo que también son las mismas... Es decir...

—Bueno, veamos si tiene en el brazo derecho el tatuaje á que usted se refiere.

A una señal del comisario se quita la joven la bonita blusa que viste y deja al descubierto una garganta admirable y perfecta. La autoridad palidece ante aquellos encantos, y don Pascual recuerda la hora pasada en la casa de la calle de Jacometrezo.

Pero, ¡oh, dolor!, la joven no tiene ningún tatuaje. Don Pascual retrocede y se deshace en excusas.

—Indudablemente no es ésta la joven á que yo me refiero, y eso que sus rasgos son los mismos. Ahora que la veo ligerita de ropa la recuerdo mejor... Pero no tiene el tatuaje, y ante este detalle es preciso rendirse. Sin embargo, juraría... ¡Si viera usted, señor comisario, qué presente tengo esa boca!

Don Pascual se resigna á despedirse para siempre de sus trescientas pesetas. La joven detenida por la policía, aunque se parecía notablemente á su enamorada, no presentaba señales de tener ningún cuerno de la abundancia, y, por lo tanto, fué preciso ponerla en libertad.

Cierto día de la semana pasada presentóse en la farmacia de don Pascual una mujer joven, regularmente vestida y muy hermosa. El boticario pregunta:

—¿Tendrá usted la bondad de decirme para qué ha de servir esta receta?

—Es una composición para disimular ciertas señas de la piel... Los tatuajes, por ejemplo...

Don Pascual dió un salto. Acababa de reconocer á la bella desconocida de la Puerta del Sol.

—¿Con que usted por aquí, eh? ¿Pues ahora no se escapa... ¿Y mis trescientas pesetas? ¿Y el gato?

Y ya iba el buen señor, lleno de cólera, á llamar á los guardias, cuando la linda joven le detuvo con una sonrisa enloquecedora.

—Perdone usted y le procuraré una parroquia excelente... todas mis amigas... Y si usted quiere...

Don Pascual adivinó en estas últimas palabras un prometimiento lleno de apetitosas intimidades, y se rindió sin condiciones.

Félix Recto

LEA USTED EL JUEVES

en EL LIBRO POPULAR
EL CRIMEN DE LA CALLE DE TUDESCOS

EL TEORICO Y EL PRACTICO

PARRAHONDA el poeta, mi amigo, está inconsolable; el más dulce de sus sueños de amor se ha quebrado ruda y brutalmente en las narices de la realidad, que es señora que se pinta soja para dar al traste con toda clase de sueños.

Y cuenta que Parrahonda es un verdadero modelo de amadores, si bien en lo teórico, y que lo espontáneo de sus suspiros bien merece el eterno amor de la mujer amada!... Pues ni por esas. Esta vez los suspiros del exquisito poeta se han ido al cuerno, y la bella de sus congojas se ha burlado de él bonitamente; aunque mejor debiera decir cruelmente. Ahora hagamos un poquito de historia.

A Parrahonda le gustaba mucho pasear por el Retiro y beber la inspiración en las innumerables é inagotables fuentes que ofrece la Naturaleza á los espíritus exquisitos, y en uno de esos paseos se topó cierto día con una dama rayana en los treinta, muy guapa y formada con arreglo á un patrón de esos que no suelen repetirse.

La dama venía en dirección contraria á Parrahonda, y, como es natural, al pasar el uno junto al otro, se miraron. Parrahonda sufrió un verdadero sobresalto de admiración al ver á tan hermosa hembra y en poco estuvo que no se le cayera al suelo la lira, ó sea el álbum que siempre llevaba consigo para estampar en él sus maravillosos y poéticos pensamientos.

Aquella noche suspiró nuestro vate más que de costumbre; se puso á escribir, y los rípios no acudían á su pluma; dedicóse á contemplar al astro nocturno, y una nube se le cubrió de negro cendal, y al fin rióle quedó otro recurso que empezar á tejer un plan de enamoramiento para rendir á su bella desconocida y calmar de esta manera los anhelos en que le abrasaban. Por vez primera en su vida, iba Parrahonda á dejar de ser amante platónico para convertirse en amator práctico.

El siguiente día volvió á ver á la hermosa dama, más bella si cabe que la tarde anterior, y después de saludarla cortésmente, aprovechó de un tropezón casual para entablar conversación con ella, á lo que la señora se avino con visible agrado.

No pasó nada grave ni leve aquella tarde, ni tampoco era cosa de tratar á mujer tan bien portada como á cualquiera modistilla de fácil acceso; pero poco á poco, y por sus pa-

sos naturales, vino la declaración amorosa en toda regla. Parrahonda ofrecía á la dama su poética existencia á cambio de unos gramos de cariño. La señora se puso seria, se ruborizó graciosamente y contestó al poeta:

—Mucho me halaga verme amada de tan ardiente manera; pero ya sabe usted que no



—La verdad es, señorita, que estos corsés arman mucho cuando están puestos.

—¡Ca, tonta! Arman más cuando están quitados.

debo ser yo quien abra á sus vehemencias la puerta de mi casa.

—¿Quién, entonces?

—Usted mismo.

—¿Cuándo?

—Cuando usted pueda.

—¡Oh! ¿Poder?

—Sí, amigo mío, de poder se trata. Y le advierto que las puertas de mi casa son difíciles de abrir... Casi será mejor que apele á las rejas.

Y haciendo un gesto entre burlón y amoroso, separóse del poeta y se dirigió á su morada.

Dos días más tarde apareció delante de ella Parrahonda con propósitos invasores. Miró por un lado y por otro, y, en efecto, todas las puertas estaban cerradas á piedra y lodo. Volvió á mirar y vió á dos palmos del



Él.—¿Y dónde vas á sacar escondidos los pendientes para que no te los vea la Antonia?

Ella.—En un sitio que ni *El Duende de la Colegiata* daría con él.

Él.—Mira que ese mete las narices por toas partes.

suelo la reja. La ventana á que correspondía estaba abierta y por ella se columbraba un interior coquetón y atrayente. Parrahonda trató de pasar entre los barrotes de hierro; pero no pudo. Era cuestión de adelgazar un poco. Y loco de alegría ante la fácil rendición de plaza tan apetitosa, dedicóse á andar sin

descanso durante cuatro días, comiendo lo indispensable y durmiendo muy poco.

Cuando creyó haber adelgazado lo suficiente para colarse por la bendita reja, presentóse delante de ella y empezó á poner en práctica su propósito. Ya estaba dentro de la habitación, cuando un rumor de besos le puso los pelos de punta.

En una salita inmediata estaba su tormento, sentada sobre las rodillas de un individuo que indudablemente no había entrado por la reja.

Clemente de Castro.



EL PRIMER BESO

Se miran en silencio los amantes en cuyos ojos la ilusión fulgura, y estréchanse las manos con ternura que irradia celestial de sus semblantes.

El fuego en que se abrasan por instantes, á un tiempo les da gozo y les tortura; y un leve soplo de pasión purpura se exhala de sus pechos anhelantes.

Sumergidos en mágico embeleso, aun sofocan sus ansias más vehementes; la fiebre del amor llega al exceso y locos, atrevidos, inconscientes, juntan los labios húmedos y ardientes y nace triunfador el primer beso.

Juan B. Ubago.



FUNCION EXTRAORDINARIA

Mañana domingo por la noche se celebrará en el teatro de Guadalajara una función, verdaderamente extraordinaria.

Se representarán la comedia de Benavente *El nido ajeno*, y el juguete de López Marín *¡Lagarto, lagarto!...*, y en la interpretación de ambas obras intervendrán Pepita Sevilla, la Manon, Felipe Trigo, Julio Romero de Torres, Ramón Gómez de la Serna, Leopoldo Bejarano, Manolo Merino, Salvador Bartolozzi, Ceferino Avecilla, Mariano Pérez Cabrero, Manolo Tovar y Paco Gómez-Hidalgo.

¡Cuánta gente en Madrid envidiará á los que pueden presenciar la representación en Guadalajara!...

EL GRAN COMPROMISO

CUANDO Perico González recibió aquella carta, tan desesperada, de Antoñito Ansúrez, hijo del general del mismo apellido, voló á casa de su amigo á fin de evitar una catástrofe, si quería su buena suerte que aún llegara á tiempo de prevenirla:

“No hay remedio humano para mí—decía la epístola—, y tú que tanto conoces mi genio sabes que soy un hombre capaz de tomar una resolución extrema...”

Y, efectivamente, á Perico González no le cabía duda alguna acerca de lo pronto y decidido que era Antoñito Ansúrez... Y aun también sabía, por añadidura, que no le faltaban ánimos al chico para hundirse, á sangre fría, en los profundísimos abismos del no ser... Como en rauda visión cinematográfica pasaban por ante los ojos de su alma diversos recuerdos de la infancia que tan venturosamente había pasado con el infeliz de Antoñico... Y por cima de todos los recuerdos, como titánica proeza digna de ser esculpida en eternos mármoles y de ser cantada por los modernos Homeros, revivía en su cerebro la imagen de aquella tarde otoñal en que, al frente de un pelotón de infantiles héroes, Antoñico Ansúrez roció con petróleo las puertas de la casa del alcalde de su pueblo, sin que llegara á prender fuego en ellas por la inesperada aparición de la alcaldesa, quien con sólo su presencia obligóles á emprender

la más desaforada fuga que jamás, en tiempos antiguos y modernos, emprendiera ejército alguno.

—Ese loco—murmuraba para sí González mientras se dirigía á casa de Ansúrez—es capaz de hacer una barbaridad... Es mi amigo del alma y he de salvarle cueste lo que me cueste... Y ¿cuál será la causa de su



El amigo.—¿Pero ahora salimos con eso?

El marido.—Como no quiera usted que se lo deje en casa...

LEA USTED EL JUEVES
en EL LIBRO POPULAR
EL CRIMEN
DE LA CALLE DE TUDESCOS

(Porteras—Jueces—Detectives—Periodistas)

Por el presidente de la República de los reporteros españoles,

CARLOS MIRANDA

(Ilustraciones de Manolo Tovar.)

desesperación?... ¿Algún desengaño político?... Ciertamente, él aspiraba á un acta de diputado; tal vez Canalejas le haya negado en rotundo; pero no; una tontería semejante no llega á perturbar tan hondamente un cerebro como el suyo... ¿Acaso una infidelidad de su mujer?... No; su mujer es una santa... ¡Imposible!... ¿Tal vez el juego?... Corramos, corramos... El me lo dirá todo y yo lo salvaré... Jadeante, casi sin respiración, llegó el buen Perico á casa de Antonio. Verle éste y echarse en los brazos de su amigo, llorando, fué cosa de un instante.

—¿Qué te pasa?

—Es horroroso, amigo mío, horroroso...

—Quizá no sea tanto. Explicáte...

—Una deuda de honor...

—¿Qué?... Tal vez tu esposa...

—Algo más grave aún...

—¿Más grave aún?... No puede ser...

—Quizá no sea más grave; pero, ¡chico!, dispénsame... Con la cabeza tan alterada me es imposible discurrir de una manera clara... y ni sé lo que me digo.

—Sosiégate, hombre, y dime...

—Sencillamente..., ¡el juego!

—¿El juego?...

—Sí, anoche fui á la Ciudad Lineal, comencé á jugar... Primeramente tuve suerte y gané... luego... luego... varió la decoración y comencé á perder... Borracho ya, sediento de dinero, quise recuperar lo perdido y seguí jugando... cinco, diez, veinte duros... perdiendo, siempre perdiendo. Levantaron la mesa... Vine á casa, dije á mi mujer lo que ocurría y reunimos cuanto teníamos para sa-

tisfacer mi deuda... Total: ¡diez y ocho duros!... Ni un céntimo más... Por fin veo que es imposible allegar lo que me falta... Yo no quiero pedir nada á nadie y decido... ¡ves esa pistola, tan bonita, con adornos de nácar y plata?...

—¡Sí—exclamó ansioso González—, por Dios, Antoñico, ¡no te mates!

—No, hombre; no quiero decir eso. Quiero decir que, á pesar de ser tan hermosa, tan artística, tan... vamos, una verdadera joya, te la cedo por el modestísimo precio de dos duros. Los necesito inmediatamente...

Fernando Amado.

POLVO DE ORO

Deja que oprima con furor salvaje entre mis brazos ya tu torso helado: roba á tu rostro su matiz de grana. Y rasgando las telas de tu traje, deja que bese tu fragante seno; que un ósculo de artista no profane.

Enrique de Alarcón

NO SE DEVUEVEN LOS ORIGINALES

ESTABLECIMIENTO TIP. DE EL LIBERAL

